

EL DIVISIONISTA

Al acabar la guerra te pareció que partir con la la División Azul podría ser una buena solución para ti y tu familia. Te darían ropa, comida, paga y prestigio. Verías mundo, como siempre habías deseado, y respirarías el espíritu de camaradería que tanto te atraía del ejército. Todo esto era algo digno de considerar para ti, Santiago, aunque en ocasiones, tuvieses que levantar el brazo al estilo romano y cantar el “cara al sol”. En tu pueblo, San José de la Rinconada, también tendrías que haberlo hecho y en peores circunstancias.

¡Cozño!, ¡cozño! Así, tal y como suena, dicho con media lengua, gritaba aquel hombre mientras mostraba una pequeña cicatriz en la cara y sacaba la lengua, a la que le faltaba un pequeño fragmento del final, demostrando que era cierto lo que acababa de relatar. Sus acompañantes le alentaban a contar sus aventuras. --Sorcho, dile a nuestro amigo lo que te pasó en Rusia, decían mientras señalaban hacia dónde se encontraba Miguel. --Cuéntale; veras como se ríe. Miguel volvió la mirada hacia atrás para comprobar si se dirigían a él o a otra persona. No había nadie más. Se referían a él aunque no les hubiese visto jamás y dese luego no fuese su amigo.

No estaba escrito en el guión previsto para esa tarde. Miguel dirigía sus pasos hacia el hotel y había entrado por casualidad en aquella taberna, porque necesitaba urgentemente saciar su sed e ir a los lavabos. Hacía un calor de mil demonios y, aunque odiaba los bares que olían a vino y aceite frito, entró. Era el mes de Julio del noventa y dos y podría estar de vacaciones en las playas de Huelva con su mujer desde hacía varios días, pero estaba en Barcelona. Había ido a esa ciudad a impartir una conferencia. Aceptó la invitación del Ateneo para hablar sobre el nacionalismo catalán en la guerra civil española, un tema sobre el que había trabajado en su tesis doctoral. Ahora estaba arrepentido. En su momento no pudo negarse por conveniencias de la Universidad de Sevilla donde trabajaba.

El tal “Sorcho”, tendría aproximadamente unos 72 años, era bajito y delgado, con unos ojos azules que sobresalían de una cara, ahora arrugada, que de joven debió resultar atractiva. Destacaban de su figura unas enormes manos que llamaban la atención por parecer descompensadas respecto al resto de su cuerpo.

--Me marché al frente ruso después de combatir con el ejército nacional durante la guerra española, --gritó dirigiéndose a mí con aquella media lengua que hacía difícil comprenderle.

La guerra civil y sobre todo, su posguerra, eran temas que apasionaban a Miguel. Los últimos retoques a la conferencia los podía dar más tarde, pensó, así que decidió quedarse un tiempo para escuchar esa historia que le ofrecían de primera mano.

“Sorcho”, que en realidad se llamaba Santiago, según dijo más tarde, terminó en la División Azul igual que otros ex combatientes del bando vencedor: Como había supuesto Miguel, lo que contaba eran sucesos habituales en una guerra y algo desagradables, aunque para este hombre hubieran tenido un final afortunado. Los motivos que llevaron a Santiago “el sorcho” a la división azul y sus aventuras, importaron menos a Miguel que el hecho de que hubiera nacido en la Rinconada de Sevilla, el mismo pueblo que su padre. Ese detalle hizo que el interés por aquel hombre y su historia aumentase.

Evidentemente, “el Sorcho”, ponía empeño en explicar los aspectos más heroicos de su paso por la guerra, sobre todo en cómo, después de la caída de Leningrado, los rusos consiguieron apresararlo. Se detenía expresamente en la manera en que, aquellos comunistas que no hablaban ni una mierda de alemán como él, se interesaron, en ese idioma, por su división y como, después de interrogarlo sin soltar prenda, porque no tenía nada que decir y -- lo más importante--, no sabía como, le cortaron la parte de lengua que le faltaba. El Sorcho dio detalles de su vida en un campo de prisioneros hasta que, al tiempo, cuando comprendieron que no podía ser peligroso, lo hicieron regresar España en el “Semíramis” junto con otros divisionistas.

La conversación ya no tenía interés para los otros. Después de las risas, aquel menudo hombrecillo de media lengua, que antes les parecía divertido, había perdido su gracia. Ya poco había que hacer para ellos. Sin embargo para Miguel merecía toda la atención, por lo menos toda la de aquella tarde calurosa. Se acercó a él, le invitó a un trago de lo que estaba bebiendo y se interesó sobre sus peripecias en la guerra. Santiago continuó con su relato.

--El hijo de la Cecilia fue el que me habló por primera vez de la Falange. Yo no tenía ni idea de lo que era aquello, incluso mi padre me recomendó que no me metiese en política. --Detuvo la narración

unos instantes--. No me arrepiento, pensé que la camisa azul con las cinco flechas en el pecho podría abrirme la puerta de las tabernas y algunas piernas de mujer. Además, España no hay más que una, eso si que lo tenía claro. --Esto último lo dijo con más énfasis. Con orgullo. Mirando hacia los otros desafiante para comprobar si le habían escuchado y sacando pecho por haberlo dicho en Barcelona ante unos catalanistas como sus compañeros de tertulia, pero ellos hacía tiempo que no le prestaban atención. Santiago dio un gran trago a la mezcla de vino con gaseosa que le habían servido y siguió contando.

--Después del Alzamiento, cuando llegaron las tropas nacionales a Sevilla, en agosto del 36, fue cuando me llevaron al frente. --Aquí se paró un buen rato pensando cómo continuar. --En aquel momento yo no quería ir, pero nos llamaron a todos los falangistas, fuimos a la capital y, por cojones, a formar parte de la milicia de Falange. Nos llevaron a Valladolid, después a Toledo y más tarde a Madrid hasta que se ganó la guerra. Después volví de nuevo a Sevilla, a mi pueblo, luciendo el Aspa Blanca y una Palma de Plata de Falange que me gané, a pulso, en el frente.

Se volvió a detener, miró a sus amigos, que estaban en otros menesteres, y después dirigió sus ojos azules hacia los de Miguel, tomó fuerzas, se jaló de un trago lo que quedaban en su vaso y acercándose a su oído le dijo: --Lo pasé mal en el Alcazar. Allí perdí a algunos de mis compañeros. Aquello me hizo cambiar. Desde entonces ya no fui el mismo. --añadió más fuerte apoyándose en la barra-- Allí me hice un hombre, más fuerte, más duro; --ésta última frase la arrastró dándole énfasis.

Cuando se acercó a él, por la nariz de Miguel penetraron aromas rancios de sudor y vino que le desagradaron. No sabía si despedirse cortésmente de aquel hombre o seguir con la conversación. Le costaba trabajo entenderlo. El alcohol estaba haciendo mella en Santiago. Las palabras a medio acabar; su acento catalano-andaluz y la lengua atrofiada, dificultaban la comunicación.

Sin embargo, en sus ojos azules Miguel había adivinado un mensaje contradictorio de angustia y miedo que posiblemente brotara esporádicamente cuando se encontrara sólo o cargado de vino. Como en aquel momento. A pesar de su poco afecto por los fascistas comenzó a ver a Santiago como una víctima más de la guerra aunque, en este caso, estuviera del lado vencedor. Nadie triunfa en una guerra civil, todos pierden --pensó--. Decidió continuar. Ese hombre empezaba a producirle ternura,

--Habría alguna mujer, ¿verdad? --le preguntó Miguel. --Sí, Adela, --dijo--. Sus ojos se iluminaron. --Una mañana de domingo la ví salir de misa del brazo de una amiga. --Se detuvo nuevamente para recordar con más claridad y buscar las palabras adecuadas para la ocasión-- ya no pude apartarla de mi cabeza. --Aquí detuvo su relato. Pidió otro vaso de vino con gaseosa. Se quedó mirando hacia el infinito y continuó-- me dijeron que se había casado con su novio unos días antes de que éste marchara al frente. Su marido se llamaba Federico. Yo había jugado con él cuando éramos niños. Pero no me importaba, eso no iba a detenerme.

La existencia está llena de laberintos y este encuentro podía suponer para Miguel la salida de uno de ellos, el de mayor relevancia: descubrir la historia que perdió en el tiempo. Tal vez fuese la casualidad o el destino pero aquel pobre hombre de lengua roma que acababa de conocer en un tugurio de Barcelona, hablaba de hechos que transcurrieron en José de La Rinconada y que tuvieron que ver con Adela y Federico: sus padres

Los falangistas erais los pilares sobre los que se apoyaba el glorioso movimiento nacional. Este pensamiento te llenaba el pecho de orgullo y la cabeza de ínsulas. Os gustaba lucir la boina roja y la camisa azul con las cinco flechas. Era una manera de exhibir vuestra victoria, de demostrar poder ante aquellos que, aunque hubiese sido por nacer donde nacieron, se hubieron colocado en el bando derrotado. Disfrutabais del miedo de la gente cuando os miraba en la calle, en la carretera, en la taberna. Miedo cuando os dirigíais a ellos, miedo en los registros, miedo por si pedíais explicaciones y no queríais creerlas. Miedo por estar allí y ser como eran. Y eso os gustaba, os hacía sentir dioses.

A Miguel le habían dicho que su padre murió en 1940, antes de que él naciera. En realidad, esto lo sabía porque se lo oyó decir a su abuela, pero no tenía más información. ¡Murió, y ya está!, decía ella. Por ignorancia o miedo, nunca lo supo, ni su madre ni su abuela quisieron contar más. Cuando era niño se enteró de manera accidental, en una conversación entre sus tías, de que lo habían soltado de la cárcel, a la que había ido después de la guerra; para ello, su abuela pidió el favor a un viejo conocido de su padre; un camisa vieja que ocupaba un cargo en la falange de Sevilla y que, lo más probable, es que muriera sin

que supieran cómo ni dónde. Aunque Miguel intuía que detrás del encarcelamiento y la muerte de su padre habría mucho que contar, el silencio se había apoderado de su familia y esa historia se fue, con su madre y abuela, a la tumba.

Quería confirmar que Santiago, el Sorcho, se estaba refiriendo a sus padres. Por eso, guardó silencio y dejó que continuara su relato. --Quise a Adela como jamás he querido a otra --dijo-- incluso firmé para que sacaran a su marido de la cárcel.

Santiago añadió, --La madre de Federico vino a verme. Me pidió que intercediera por él y lo hice. Se lo merecían. Éramos amigos de niños, los dos del mismo pueblo. El estaba afiliado a un sindicato si no recuerdo mal, pero nunca destacó, —aquí detuvo su relato-- era buena gente pero tuvo mala suerte --añadió. Las manos de Santiago temblaban tímidamente, se quedó con la mirada hacia el techo perdiéndose en el infinito de su memoria.

En el retrato que Miguel había construido de su padre nunca lo imaginó sindicalista. Eso le gustó. El que aquel hombre hubiese intercedido por su padre en aquellas circunstancias tan duras y oscuras, aumentó el sentimiento de afecto que había aflorado hacia Santiago.

¡Su marido es un sindicalista, rojo masón! Decías en voz alta a tus compañeros de Falange cuando les hablabas de ella y de tu encoñamiento. Sabías que no era cierto, conocías al pobre Federico, no era ni sindicalista, aunque estuviera afiliado a la UGT, ni rojo, ni masón. Ni nada. No era nada. Como tú. Tuvo mala suerte, le tocó el bando perdedor. Sin embargo, pensar y decir aquello de Federico descargaba tu conciencia por desear a su mujer.

La madre de Federico, sin que lo supiera su nuera, había estado semanas antes a verte para suplicarte ayuda y decidiste apoyarla. Aún no sabías cómo, pero estabas dispuesto a cobrar ese favor. No te costó. Aprovechaste tu influencia en la Falange; hiciste valer tus años en el frente y tu Palma de Plata falangista y lo conseguiste. Te sentiste orgulloso del gesto. Firmaste, con tu puño y letra, el aval de persona de orden para que lo sacaran del campo de concentración donde estaba preso.

A Federico la comisión de clasificación le había declarado como afecto, porque aunque fuese excombatiente del bando republicano, lo hizo por su quinta. No pudieron demostrar su participación en actos de guerra, su responsabilidad en el frente fue ninguna. Lo encontraron culpable de obediencia debida y lo mandaron a Castuera durante dos años. El castigo pudo haber sido más duro pero no lo fue.

En el tiempo que estuvo en el campo de concentración temía diariamente por su existencia. El miedo y la humillación impregnaban todos sus movimientos y cada uno de los momentos que vivió allí. Pasar desapercibido era la mejor estrategia para sobrevivir en aquel infierno. Los vencedores se habían empeñado en reeducarlos en los valores del nuevo régimen y, o claudicaban y los manifestaban como propios, o morían. Incluso algunos morían después de haber renunciado con resignación a sus ideas. El azar y las enfermedades no entendían de himnos, símbolos ni traiciones.

--Me han dicho que lo han vuelto a hacer --dijo Julián aquella tarde que se juntaron junto al fuego con los rastros que habían bajado de la sierra. --Hijos de puta, fascistas --escupió el insulto cargado con rabia. --Sí, en el barracón nueve. A mi también me lo han comentado. Ayer alguien oyó hasta las bombas cuando explotaron, --añadió Pedro. Toda esta conversación se hacía murmurando, para que nadie pudiera oír los comentarios. --Dicen que nos merecemos esto y más, --volvió a la carga Julián, --Para que aprendamos, dicen los cabrones. --Añadió Federico desilusionado, --Los llevan a la mina de plomo que hay a la salida del campo. Eligen entre los presos de manera aleatoria, los hacen formar en grupos, atados unos a otros, y empujan a los primeros hacia el fondo de la mina arrastrando al resto, --indicó Julián mientras aplastaba una garrapata que paseaba por su brazo. --Después, para acabar, lanzan bombas de mano al interior, por si alguien queda vivo, --apuntó Martín que se había unido al grupo--;

--además de los paseos, los suicidios y las desapariciones, ya no saben qué nos van a hacer. Nos quieren machacar estos fascistas de mierda. --dijo Federico. En realidad los paseos a la mina no los había visto nadie, pero estaban en boca de todos. Cada vez que se nombraba la mina enmudecían y miraban hacia otro lado. Les invadía el pánico. Para romper el hielo, Julián, dijo riendo: --Manda cojones la cantidad de himnos que nos quieren hacer aprender --añadió-- esta mañana hemos cantado cinco o seis. Se me ha cansado la mano de tenerla levantada tanto tiempo. Pedro continuó --En mi fila hay uno

que dice que es pintor. ¡Que imaginación tiene el tío!; cuando cantábamos, decía “si te dicen que caí, mentí, que fue un tropezón que dí”. Aquello, después de la angustia que acababan de pasar sonó como el mejor chiste del mundo y todos empezaron a reír a carcajadas. Federico, en cambio, no reía. Pedro, con lágrimas en los ojos remató la burla añadiendo – y dice también “que hacen guardia bajo los sombreros”. Las risas del grupo volvieron a aumentar hasta que algunos, tirados en el suelo, pedían que dejara de decir burradas.

A Federico, le vinieron a buscar aquella mañana. Fue el sargento de guardia de su barracón el que desde la puerta gritó su nombre. Se acercó a él y le dijo -- levántate, coge tus cosas que te vas para casa. Federico no sabía si alegrarse o no. En ocasiones ocurría que venían a buscar a los presos para regresar a casa, como acababa de decir el sargento, y después volvían apaleados. El sargento, que era de un pueblo vecino de Federico, al ver la reacción del grupo, le dijo –No te preocupes, alguien ha firmado por ti y te vas a Sevilla en un camión que sale esta misma tarde. Todos abrazaron a Federico. Él respondió con unas secas gracias.

Deseabas que ella viniera a buscarte algún día, esperabas una oportunidad y te llegó esa mañana. Hubieses preferido que se acercara por su voluntad, queriendo verte, aunque hubiese sido por resignación, pidiéndote ayuda para sacar a su marido de la cárcel. La viste entrar en el cuartelillo empujada por tus compañeros. La hicieron sentarse frente a ti. Te la ofrecieron porque sabían que te pertenecía. Estaba enfadada y llena de ira. No te conmovió, al contrario. Te excitaste como antes nunca lo habías sentido.

--Más vale sufrir con la conciencia tranquila que pedir un favor a estos malnacidos, —Le dijo Adela a su suegra--. --Lo dices porque tú estás aquí y no en la cárcel como él--, le respondió echándole en cara su actitud de no querer pedir a Santiago que ayudase a sacarlo de donde se encontraba.

Adela, con su marido en el campo de concentración, había aprendido pronto que la penitencia por ese pecado, como mínimo, era el silencio. Las mujeres sufrían especialmente. Más si, como ella, tenían un marido encarcelado. Estaban siempre expuestas a la censura y la sospecha; a merced de amenazas,

registros y controles. Afianzar la adhesión al régimen y no levantar sospechas era imprescindible si querías seguir tu vida con normalidad o, simplemente, si querías vivir. No era fácil.

--No debían haber dejado un rojo vivo, --gritaba Juana con cara descompuesta, mientras empujaba a Adela y la sacaba de la fila del racionamiento colocándose en su lugar. Juana había perdido a su marido durante la guerra en la batalla del Ebro y no podía ocultar su resentimiento ante el hecho de que otras mujeres como Adela todavía lo conservasen, aunque fuese en la cárcel. Demostrarle en público su odio y quitarle la oportunidad de recibir su ración de pan negro y garbanzos era la forma de paliar su angustia.

Aunque algunas de las que presenciaron el gesto estaban señaladas como Adela, callaron. El pasar desapercibidas podía más que su conciencia. El miedo a las represiones, a una violencia desmadrada de los falangistas o la guardia civil, les hacía caer en la más profunda sumisión. Su reto diario era aguantar. Una lucha continua por sobrevivir en un pueblo marcado por la miseria y el hambre.

En otras ocasiones Adela había callado. Aquel día no quiso aguantar. Desató su ira. Se acercó a Juana y gritando le dijo -- Mi marido está pagando cárcel por un delito que no ha cometido y tú lo sabes bien—. Dirigiéndose a las otras añadió: —Bastante tenemos con estar sufriendo esta miseria de vida por una guerra que nadie quería. No nos hace falta que venga ella a jodernos por mucho que su marido haya muerto—. Ninguna de la fila movió un dedo, bajaron la cabeza. Juana, que no esperaba la reacción la miró con rabia y cuando se dirigía hacia ella con ánimo de pegarle, dos falangistas, que guardaban el orden en la fila de racionamiento, la pararon en seco. No querían más problemas. A continuación, se acercaron a Adela, la tomaron de las muñecas y la llevaron al cuartelillo.

Los camaradas estaban mirándote, esperando tu reacción, vigilando tus movimientos. No podías fallarle. No dijiste nada. La cogiste del brazo con violencia y la llevaste a la habitación que utilizabais como celda. Una vez dentro, Adela sabía lo que ocurriría. Se dejó hacer. No ofreció resistencia. Hubiese dado igual su actitud. ¿Deseabas realmente lo que hacías? No había marcha atrás. La tiraste encima del jergón, le subiste la falda, te soltaste los correajes despacio, te bajaste los pantalones y te pusiste encima a empujar como un loco hasta que conseguiste penetrarla. No

fueron más de cinco minutos. Desahogado, miraste a su cara y comprobaste que los gemidos que habías oído habían sido de amargura, vergüenza y humillación. Las lágrimas caían por las mejillas de Adela. No dijo nada y tú tampoco. Sabías que te habías ganado para siempre su desprecio y repulsión.

Saliste fuera y gritaste bien alto –Ya sabe lo que es follar con un hombre de verdad, dejadla que se vaya.

El alma de Federico estaba tan derrotada como su cuerpo. Tanto como el ejército al que había pertenecido en esa guerra inútil que acababan de perder. No tenía fuerza ni para disfrutar de su excarcelamiento. El trayecto desde Castuera a Sevilla se hizo interminable. Viajaban con él en la caja del camión otros cinco presos con un aspecto tan cadavérico como el suyo. Tampoco ellos acababan de creerse que volvían a casa. Esperaban que el vehículo se detuviese en cualquier momento, les hiciesen bajar en algún lugar, les disparan y los dejaran tirados allí mismo, en la cuneta, sin que nadie, nunca más supiera de ellos. Pero no ocurrió. Cuando llegaron a San José de la Rinconada el camión se detuvo a las afueras, junto a la estación del ferrocarril en la que no había ni un alma.

Se despidió de sus compañeros de viaje sin demasiada emoción. Les deseó suerte y bajó del vehículo. Dio las gracias a los conductores. El camión partió. Levantó el brazo a modo de despedida y quedó sólo en el arcén. Se puso en camino hacia el pueblo andando lentamente. Eran apenas tres kilómetros lo que le separaba de Adela, de su madre; de su vida, pero nada iba a ser igual. Ya no era el joven impetuoso, alegre, amante y divertido. Ese Federico quedó mutilado en la guerra y en la cárcel. Se había ido desvaneciendo cada día desde que se despidió de ellas.

Cuando le dieron el alto, no sintió miedo. Se detuvo. Aparecieron cuatro hombres que estaban escondidos tras un seto, vestidos con el uniforme de la Falange y armados con pistolas y fusiles. A uno de ellos lo identificó, se llamaba Santiago, un compañero de la infancia, a los otros no. Ya le importaba poco; sabía a qué venían y de lo que eran capaces. Estos no serían peores que los del campo de concentración. Se había acostumbrado a la humillación. Santiago, que parecía el jefe, se adelantó y le pidió su documentación.

Le estabais esperando junto al cementerio. Habíais recibido la noticia la tarde anterior. A Federico lo sacaban de Castuera y llegaría al pueblo al día siguiente. Recibiste órdenes: no dejarle pasar sin darle una lección, explicarle bien claro quién mandaba y cual era el lugar que le correspondía en aquel momento en el pueblo: menos que nada. Cuando lo divisasteis le salisteis al paso y le disteis el alto. Cumpliste el protocolo, le pediste la documentación y sin mediar palabra mandaste llevarlo detrás del muro del cementerio. Queríais darle un aviso, de eso se trataba, pero se os fue de las manos. No esperabais la reacción de Federico. Cuando simulabais la ejecución se quedó callado y quieto, no gritó, no intentó huir, no imploró clemencia, no expresó miedo. Miró a la cara de tus compañeros y os dejó hacer. Eso encendió vuestra ira aún más. Uno de ellos, no importa cual, se acercó a él, para que reaccionara le obligó a arrodillarse, le colocó el fusil en la cabeza y disparó.

No querías que ocurriese, pero tampoco hiciste nada para evitarlo. Eras el jefe de la escuadra en aquel momento y podías haberle golpeado, amenazado, amedrentado, asustado, pateado, apaleado... Cualquier cosa menos aquello. Miraste al que disparó. Estaba tan sorprendido como los demás. Había cogido el fusil de otro y no esperaba que estuviese cargado, te dijo. Os percatasteis de que estabais solos, de que nadie os vio. Llevasteis su cuerpo a rastras hasta el olivar colindante y arrojasteis su cadáver a una zanja, le echasteis tierra y os marchasteis. Nadie lo esperaba aquel día y nunca regresó.

Miguel dudó si decirle a Santiago de quién se trataba y pedirle más información o callarse y dejar que, el Sorcho, siguiera vagando por su memoria hasta que el vino y los recuerdos acabaran por dejarlo dormido encima de la barra.

La decisión la tomó sin meditarla. Miguel no pudo reprimir la necesidad de saber sobre su padre. Estaba convencido de que aquel hombre podía ayudarle. Le vomitó la pregunta: como cuando uno siente una arcada que no puede aguantar y la deja caer encima de los pantalones en el peor de los sitios y de los momentos.

--¿Por qué has dicho que Federico tuvo mala suerte? —le preguntó—. ¿Sabes algo más sobre él ?
¿Acaso murió? Aquella pregunta incomodó a Santiago. —Yo no sé nada —dijo visiblemente enojado.

La pregunta había despertado a Santiago y de nuevo le brillaron los ojos; hizo el ademán de marcharse. Para evitar que lo hiciese Miguel se presentó como hijo de Adela y de Federico y eso, además de sorprenderle, serenó a Santiago.

Le miró detenidamente, con descaro, de arriba abajo y dijo, sin mostrar demasiada alegría —¡El hijo de Adela! No pensé jamás que pudiese conocer a su hijo, te pareces bastante a tu madre.

Miguel notó que Santiago había vuelto a interesarse por la conversación. --Quiero saber qué paso a mi padre cuando salió de Castuera ¿fuiste tú quien firmó para sacarle de la Cárcel —volvió a insistir en sus preguntas. Santiago, algo más sereno, pidió el enésimo vaso de vino con gaseosa. Necesitaba valor para poder indagar en su memoria.

--Yo me fui de La Rinconada a la división azul antes de lo de tu padre. —dijo.

Mentiste. No podías dejar que aquella desafortunada historia que te mortificó tanto tiempo y que habías conseguido relegar al pasado, volviera al presente. No debías ni querías contar lo que realmente ocurrió. ¿Para qué? No había marcha atrás en el tiempo, te decías a ti mismo aceptando tu culpa y tu vergüenza a modo de penitencia. Pasó lo que pasó. No querías que sucediese. Desenterrar fantasmas no era bueno para nadie. .

--¿Se volvió a casar tu madre? —preguntó Santiago. —No, --dijo Miguel--. —Entonces, ¿sabes a ciencia cierta que mi padre ha muerto?, Santiago se detuvo, meditó detenidamente su respuesta y le respondió --Eso me dijeron, no sé nada más.

Delante de ti, pidiéndote ayuda, tenías al hijo de Adela. No le dijiste la verdad. Aquel hombre se merecía conocerla pero no tuviste agallas para contársela. Adela no se había vuelto a casar, fue lo que pensaste en aquel momento. Ahora que el destino ponía ante ti el modo de paliar el remordimiento y sentir unas gotas de perdón por aquellos sucesos, no tenías la cabeza dispuesta para pensar de manera coherente. El vino, que habías tomado no te dejaba razonar con

claridad. Sospechabas que algo importante te estaba ocurriendo aunque no fueras capaz de comprenderlo.

Miguel, a pesar de las evasivas de Santiago, vació las inquietudes sobre su padre en aquel hombre y acabó por sincerarse. Después de todo, Santiago, "el Sorcho", había sido la única persona que le había traído alguna información sobre Federico.

--Siempre he deseado conocer la historia de mi padre. Quienes eran sus amigos, dónde estuvo en la guerra, con quién, como vivió en Castuera. Aunque pueda imaginar algunas cosas, necesito saberlas como ciertas. —Continuó hablando Miguel. Después de un silencio de ambos, añadió: --Especialmente, necesito saber, si está muerto, dónde están sus restos para poder enterrarlo como se merece. Honrar a los padres es el deber de los hijos y yo nunca lo he podido hacer. Esto último lo dijo con toda la frustración y tristeza que fue capaz en aquel momento y que no había sentido anteriormente jamás.

--No te puedo ayudar, --volvió a mentir Santiago. Miguel percibió que los ojos del Sorcho, se le llenaron de lágrimas y quiso pensar que había sido por el humo del cigarrillo que se acababa de encender. Santiago bebió el vino que quedaba en el vaso, recogió de la barra el paquete de tabaco negro y el encendedor. Se despidió de Miguel, del camarero; de sus amigos, que estaban jugando a cartas en un rincón del bar e inició la marcha.

Miguel hubiese querido seguir conversando con Santiago. Pensó en pedirle que se quedara, que le contase más cosas, que le diese más información. Pensó en retenerle de cualquier forma.

No lo hizo; se dio cuenta de que ya no era posible.

Le dejó marchar. Santiago se alejó con paso lento y vacilante. Cuando llegó a la puerta del bar, volvió su cabeza hacia Miguel y le dijo --Te pareces mucho a tu madre. Era muy guapa. Levantó la mano a modo de despedida. Volvió a darse la vuelta y salió.